

¿Cómo aproximarnos al desarrollo local, desde una perspectiva política?

Oscar Madoery

Director Ejecutivo

Maestría en Desarrollo Local

Universidad Nacional de San Martín

Universidad Autónoma de Madrid

deslocal@unsam.edu.ar

2003

La tensión global-local y el nuevo rol de las ciudades

Las transformaciones globales contemporáneas implican una serie de consecuencias que afectan el concepto de territorio, al tiempo que permiten nuevas interpretaciones en la noción de desarrollo. Durante décadas, desarrollo y territorio tuvieron su punto de encuentro exclusivamente en lo “nacional”. Ahora, en el marco de la sociedad global, esa exclusividad se ha perdido, planteando la necesidad de nuevos paradigmas.

La globalización reconstituye los aspectos productivos, tecnológicos, políticos y socio-culturales en una dimensión que transforma las cartografías vigentes, provocando cambios territoriales generalizados, donde globalización y territorialización, inclusión /exclusión geopolítica de territorios, integración económica o aislamiento de economías regionales, devienen procesos recíprocamente complementarios. En este escenario, emergen nuevos *espacios relevantes*, ejes de nuevas interacciones y regulaciones, entre ellas las que atañen al desarrollo.

La teoría social moderna, por lo menos hasta mediados de los años setenta y principios de los ochenta, supo concentrarse principalmente en los procesos sociales de cambio, modernización, revolución, “descuidando” la dimensión espacial y el rol de la territorialidad en los procesos sociales, asumiendo la existencia de algún orden espacial preexistente dentro del cual operaban los procesos temporales (Harvey, 1998, Castells y Mollenkopf, 1992) ¹. El progreso pasó a ser el objeto teórico de la teoría social, el tiempo histórico su dimensión fundamental y el desarrollo interpretado como un cambio, gradual o abrupto, de las sociedades nacionales en el tiempo.

¹ La modernidad entreteje con el espacio una relación en la que la escala territorial dominante es el Estado-Nación, el espacio de poder, remarcando las diferencias en los bordes de los estados y las naciones entre interno y externo, propio y ajeno. La dimensión espacio quedó “absolutizada” (Anderson, 1994) en la figura del Estado-Nación.

En ese contexto, el desarrollo fue un concepto inicialmente acotado al crecimiento económico (dando lugar a la tan mentada sinonimia entre desarrollo y crecimiento desde mediados del siglo XX); e interpretado como un proceso de dinámicas centralizadas y de remoción de barreras (los *obstáculos al desarrollo*) que impedían el despliegue del potencial de las sociedades nacionales. Los sujetos dominantes, evidentemente, eran los actores de la sociedad nacional: la burocracia estatal, las elites modernizantes, las vanguardias iluminadas, los actores privados corporativos, y aquellos actores sociales cuya lógica predominante tenía una clara orientación “estado-céntrica”.

Existe hoy una amplia argumentación respecto a que las categorías político-espaciales de la modernidad no son utilizables en el escenario de globalización (Ianni, 1996, Ortiz, 1998). Ulrich Beck (1998) denomina “ruptura del nacionalismo metodológico”, al proceso de revisión de la matriz territorial moderna en las Ciencias Sociales, con la consecuente revalorización de nuevas escalas geográficas, supranacionales y subnacionales, como ámbitos específicos de interacción y relaciones de poder. Nuevas alternativas se generan en la acción política: junto al Estado-Nación, se fortalecen escalas territoriales que deben ser contempladas para interpretar y, más importante aún, asentar los procesos políticos y fortalecer las interacciones sociales ².



² Se rompe la unidad del estado nacional y de la sociedad nacional y se establecen unas relaciones nuevas de poder y competitividad, unos conflictos y entrecruzamientos entre, por una parte, unidades y actores del mismo estado nacional y, por la otra, actores, identidades, espacios, situaciones y procesos sociales transnacionales y locales. (Beck, 1998).

Si en la era moderna, nuestros marcos mentales fueron “estado-céntricos”, en la era global, nuestros marcos mentales se amplían hacia una diversidad de territorios a escalas supranacional, nacional y subnacionales. En este escenario, las ciudades pasan a tener un mayor rol protagónico como ámbitos específicos de desarrollo.

Las formas de interpretar el desarrollo local

Sintéticamente expuesto, existen tres formas predominantes de interpretar el papel de las ciudades y las articulaciones territoriales, de cara al desarrollo local:

Primero, como una vía para posicionar estratégicamente espacios territoriales delimitados en el escenario global. Esta aproximación no cuestiona el patrón de funcionamiento del sistema económico internacional, reconoce la existencia de un nuevo fenómeno económico dado por la globalización en curso y entiende que puede y debe ser respondido localmente, con una nueva forma de organización económica que se adecue a las exigencias del ajuste estructural. Tanto en una versión más extrema, preocupada casi exclusivamente por atraer y retener inversiones (la “venta” del territorio), como en una expresión moderada de búsqueda de una inserción competitiva, para esta visión el desafío pasa por adoptar una estrategia que posicione ventajosamente las ciudades frente al mercado globalizado.

Su denominador común es enfatizar el factor económico como determinante del desarrollo económico local. Y al concebir el predominio de lo global, lo local es visto como una especie de “freno” (en términos de Arocena) a tendencias globales “insoslayables”, por lo que se requiere su adecuación (ciertamente a-crítica) a las tendencias dominantes del mercado y los negocios.

Adecuarse a las exigencias del ajuste estructural

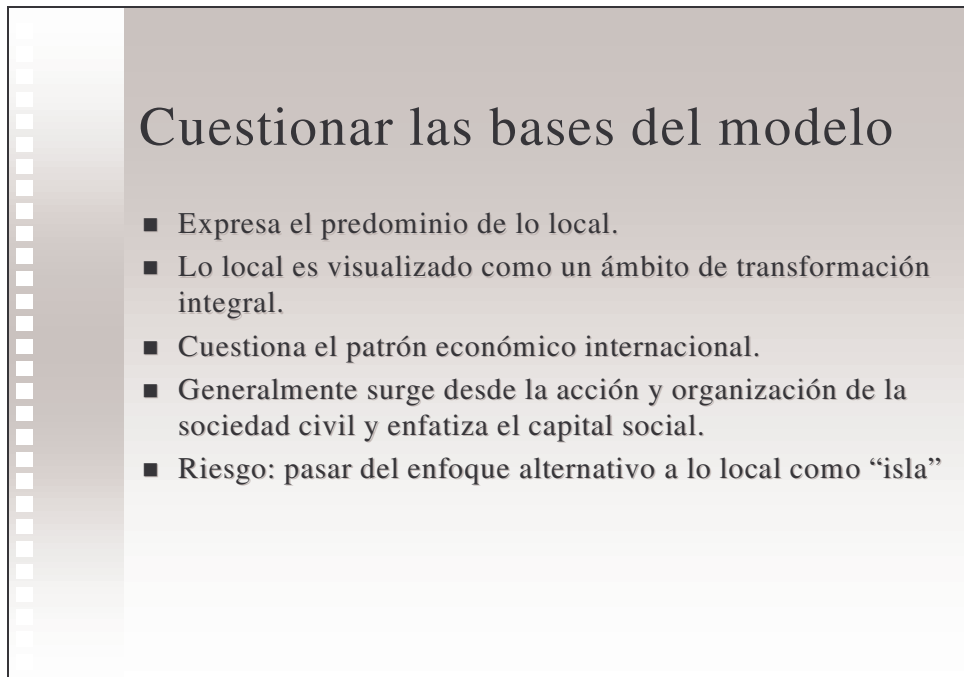
- Expresa el predominio de lo global.
- Preocupada por posicionar estratégicamente territorios delimitados en el espacio global
- Considera el factor económico como determinante del desarrollo
- No cuestiona el patrón de funcionamiento del sistema económico internacional.
- Riesgo: pasar de la inserción competitiva a la “venta” del territorio

Una segunda aproximación cuestiona el patrón de desarrollo actual y toma a lo local como elemento de transformación socio-político-económica, como espacio para el ejercicio de nuevas formas de solidaridad, cooperación y el establecimiento de redes sociales. Como reconoce Augusto de Franco (2000), estas visiones se fueron formando a partir del encuentro de varias contribuciones, que van desde la experiencia de las comunidades alternativas, pasando por los movimientos socio-ambientales y de la llamada acción ciudadana. Es decir, generalmente desde la acción y organización de la sociedad civil.

En su expresión más integral, incorpora otras dimensiones al proceso de desarrollo, desde formas más democráticas de gestión pública, participación y capital social, esfuerzos asociativos, relaciones económicas cooperativas y redes productivas, etc., que instauran la idea que los procesos de cambio se construyen de abajo-arriba, a partir de las capacidades organizativas y solidarias de los agentes locales.

Pero cuando esta interpretación del rol local se formula sólo como una estrategia contestataria de tendencias hegemónicas, se corre el riesgo de visualizar a las ciudades como una “isla” de posibilidades en medio de un océano de tendencias adversas.

Ambas posiciones enfatizan uno de los polos de la relación global-local e implícita (y a veces explícitamente), menoscaban la importancia de lo nacional en el desarrollo.



Cuestionar las bases del modelo

- Expresa el predominio de lo local.
- Lo local es visualizado como un ámbito de transformación integral.
- Cuestiona el patrón económico internacional.
- Generalmente surge desde la acción y organización de la sociedad civil y enfatiza el capital social.
- Riesgo: pasar del enfoque alternativo a lo local como “isla”

Una tercera posibilidad, aún poco explotada, se orienta a aprovechar el potencial endógeno de los territorios y expresa la oportunidad y la necesidad de articulaciones entre escalas territoriales. Es una visión que no desconoce los desafíos de la época, que enfatiza la necesidad de desarrollar las ciudades desde el punto de vista económico, que no

desconsidera las exigencias y las posibilidades de mercado, en sus niveles local, regional, nacional e incluso global, y que no subordina todas las dimensiones del desarrollo a lo económico.

Amparada tanto en experiencias y buenas prácticas internacionales de desarrollo local, como en reflexiones de teóricos contemporáneos provenientes de diferentes disciplinas, esta aproximación, entiende la necesidad de interpretar de manera sistémica el proceso de desarrollo, impulsando una forma de crecimiento económico que reconoce los desafíos competitivos, pretende dinamizar los recursos locales y aprovechar mejor los recursos exógenos, con el objetivo de generar empleo y mejorar la calidad de vida de la población residente.

La sociedad local es visualizada como receptora de tendencias globales y ajustes estructurales de las sociedades nacionales ciertamente condicionantes, que la política local no puede desconocer, pero puede aprovechar y buscar compensar en sus efectos excluyentes. El camino crítico del desarrollo local es de múltiples dimensiones (económico-productivas, político-institucionales, socio-culturales y urbano-ambientales) y debe combinar eficiencia económica, que apunta a la competitividad de la economía y las empresas locales; equidad social, que apunta a la cohesión del conjunto de personas de la sociedad; y equilibrio ambiental, preocupado por la conservación y sostenibilidad del modelo de desarrollo.

Si no lo hace desde esta perspectiva compleja, la práctica del desarrollo local puede limitarse a “compensar” los efectos excluyentes de la situación económica y social general.

Aprovechar el potencial endógeno

- Expresa la oportunidad de articulaciones entre escalas territoriales.
- Reconoce los desafíos competitivos, pretende dinamizar los recursos locales y aprovechar los influjos exógenos.
- No subordina todas las dimensiones del desarrollo a lo económico.
- Riesgo: si no expresa un enfoque sistémico, puede limitarse a “compensar” los efectos excluyentes de la situación económica y social general.

Estas tres lógicas coexisten en la realidad política, porque expresan aproximaciones de diferentes actores y tiñen la práctica del desarrollo local, dotando de características particulares cada experiencia.

Las ciudades argentinas organizan, planifican y gestionan políticas de desarrollo local, asumiendo el desafío de encarar los retos del desarrollo desde la especificidad de cada territorio. Transcurridos varios años de experiencias locales de desarrollo, es posible percibir que éstas ofrecen resultados muy diversos, muchas veces insatisfactorios o cuanto menos modestos. Sin embargo, también se encuentran indicios de procesos económicos, que impulsaron dinámicas de especialización/ complementación productiva. Innovaciones políticas y gerenciales, que combinan creatividad, liderazgos, participación y/o responsabilidades compartidas, y marcan la posibilidad de avanzar, a nivel local, en procesos institucionales y organizativos, más allá de las restricciones del modelo institucional vigente. Así como experiencias de capital social, redes de cooperación, que señalan caminos en la construcción de capacidades territoriales para el desarrollo.

Sin pretender de un sesgo “normativo” a esta presentación, señalaremos algunos conceptos que orienten la práctica del desarrollo local, en el sentido de aprovechar el potencial endógeno de nuestro territorio.

¿Cómo aprovechar el potencial endógeno de nuestros territorios?.

Primer enunciado

En tiempos de globalización, el desarrollo pasa a tener una fuerte connotación territorial y otorga a la ciudad un rol preponderante en la articulación de redes y flujos diversos. De este modo, la perspectiva endógena requiere pasar a la política de creación de recursos específicos en el territorio.

Ello supone un cambio de perspectiva: de la visión funcional del territorio a la visión territorial de cada lugar. De la visión del desarrollo como proceso sólo inducido por factores exógenos (capital, inversión, infraestructura, tecnología), adaptados a cada realidad, a la visión del desarrollo como conjunto de capacidades (ligadas a la calidad de los recursos humanos, la capacidad organizativa y emprendedora de los agentes locales) que permitan un mejor aprovechamiento de las factores exógenos y que tornen dinámicas las potencialidades de una sociedad.

Hoy, la teoría económica rescata la amplia y particular relación entre las características que presenta cada territorio subnacional (en especial, las ciudades medias y grandes y las redes de ciudades de menor dimensión) y los procesos de desarrollo. La fuerte presunción que las dinámicas explicativas del desarrollo han “bajado” de escala, ha orientado investigaciones y análisis sobre procesos locales y regionales dentro de una sociedad nacional, procesos de desarrollo en escalas diferentes a la del Estado – Nación. De allí, los estudios sobre distritos industriales (Marshall, 1916, Becattini, 1997), clusters (Porter, 1990), innovative milieux (Maillat, 1995, Dupuy y Gilly, 1997, Pecqueur y Colletis, 1997), sistemas productivos locales (Vázquez Barquero, 1999).

Todos estos estudios presentan como denominador común, el priorizar una orientación de “abajo-arriba” (*bottom up*) en la interpretación de los procesos y las políticas de desarrollo, en reemplazo del enfoque arriba-abajo (*top down*), propio de las estrategias centralizadas de desarrollo, configurando un nuevo paradigma “endógeno”.

La política de desarrollo local parte de la integración de visiones e intereses y la concertación estratégica de agentes públicos y privados con incidencia en cada territorio. El desarrollo es visto como resultado del esfuerzo organizativo e innovador del conjunto de la sociedad y no sólo del correcto desempeño de los mercados y la estrategia local busca promover la dinamización empresarial, el estímulo a las innovaciones, la generación de externalidades derivadas de la asociatividad y la proximidad y la utilización más eficaz posible de todo el potencial de desarrollo disponible o incorporable al territorio.

El desarrollo local no tiene porqué ser una expresión minimalista, no tiene porqué restringirse a lo micro, a lo desplazado, a lo débil, como sesgo predominante que adquirieron gran parte de los esfuerzos locales en los últimos años. Ese es el aspecto urgente del desarrollo local, pero también habrá que ocuparse de lo importante. No tiene que ser sólo contención, aunque la crisis obligue a priorizar este aspecto. Se requieren estrategias integrales. El desarrollo local puede ser profundamente innovador, de despliegue tecnológico, de creación de factores competitivos.

Segundo enunciado:

El desarrollo endógeno requiere de un contexto favorable. El “contexto” de una ciudad se constituye por los efectos de su ubicación dentro de los principales procesos nacionales y, así, por su vinculación con las políticas globales que afectan a los componentes fundamentales de la vida económica y social local (Pírez, 1995). Pero también el contexto hace referencia a una serie de condiciones implícitas que remiten a las características propias de cada sociedad, sus procesos estructurantes y el rol de las instituciones públicas. Una articulación global-nacional-local, que entendemos necesaria para la interpretación de los procesos de desarrollo.

Pírez (1995), sostiene que la sociedad local significa un recorte dentro de la sociedad, dentro de una unidad social mayor. Si sociedades nacionales, son unidades sociales que se auto-reproducen a través de una estructura social nacional y un sistema de relaciones políticas, la sociedad local es una unidad parcial con cierta capacidad de reproducción, dentro de la unidad mayor. En ella existen individuos y grupos con poderes diferenciados (actores) que depende de su ubicación dentro del sistema de relaciones sociales.

Las sociedades se estructuran básicamente a partir de determinados procesos (globales, nacionales y locales) de acumulación, de dominación, de identificación, que generan instituciones, reglas de juego formales e informales, que pautan la interacción y condicionan el accionar de las personas y organizaciones.

Toda sociedad (local) es un *sistema relacional de diferencias* (Bourdieu, 1997), estructurado a partir de procesos diversos, que operan como principios ordenadores de las sociedades y, por lo tanto, varían según los lugares y los momentos. Estos procesos

estructurantes de la sociedad operan como principio de construcción de la diferenciación social, como posiciones que delimitan el espacio social y en ellos se desarrollan las relaciones y los conflictos específicos entre los actores involucrados, en ellos se enfrentan diversas visiones de la realidad que luchan por imponerse ³.

Las prácticas de los actores se encuentran arraigadas en contextos económicos, institucionales y culturales y las opciones estratégicas que éstos adoptan responden, en gran medida, a la orientación de ese contexto. Los actores se constituyen en los sistemas de relaciones de los que forman parte, en sus “contextos de experiencia”, que condicionan no sólo su perspectiva (los puntos de vista), sino su capacidad de acción y el tipo de relaciones que establecen entre sí, afectando, por ende, el alcance y las características de las políticas de desarrollo. Esta interpretación nos sugiere que la dinámica de los procesos históricos no necesariamente implica progreso. No siempre las sociedades están insertas en un “modelo de desarrollo”, sino en un órdenes sociales determinados que incluso pueden ser desfavorables desde el punto de vista de las posibilidades sociales.

Desde la perspectiva del desarrollo endógeno, los actores locales necesitan un ambiente (económico, institucional y axiológico) que respalde y oriente sus esfuerzos, energías y encuadre sus actuaciones. Así, el desarrollo pasa a ser un proceso de construcción y cambio social de múltiples dimensiones. No es un enfoque exclusivamente productivista, no sólo trabaja el problema de la acumulación, sino también el de la distribución, de las pautas institucionales y de acción colectiva predominantes en una sociedad. Se preocupa por las condiciones de reproducción del conjunto de la sociedad, no sólo de la reproducción del capital. No sólo de la acumulación de riqueza territorial, sino de la calidad de vida de las personas en el territorio.

Como la sociedad es heterogénea y desigual, los resultados de los procesos de acumulación, mirados en su individualidad, tienden a distribuirse también desigualmente consolidando las diferencias. Por tanto, hablar del desarrollo de la sociedad necesita que se hagan explícitos los componentes que, además de la acumulación, garantizan la distribución y reproducción de la sociedad. Desarrollo no es sólo eficiencia económica, sino también equidad social y equilibrio territorial y ambiental (Vázquez Barquero, 1999).

Pero además, esta aproximación nos está diciendo que el desarrollo no es sólo local, requiere de una nueva “geografía” de responsabilidades públicas para el desarrollo, de un estado activo en todas sus escalas (nacional, provincial y local), de la vigencia simultánea del principio administrativo de la subsidiariedad con el principio ético de la solidaridad social y territorial, como suele advertir Sergio Boisier, de la conformación de redes de ciudades y de la compensación y equilibrio entre ciudades y regiones ya que el contexto general no afecta a todos los territorio de igual manera.

³ Es decir que las diferencias sociales se objetivan (en tipos de bienes, modos de hablar, de relacionarse...), se materializan en instituciones y se subjetivan en modos de pensar, de ver (puntos de vista) propios de la posición social del actor.

La no existencia de escalas territoriales de la administración, con capacidad suficiente como para impulsar y sostener procesos sustanciales de desarrollo, aparece como un rasgo saliente del orden institucional del cambio estructural en Argentina. Esto está requiriendo una reconstrucción territorial del Estado; institucionalizar el balance de poder, en cuanto a atribuciones tributarias, fiscales, institucionales, entre los gobiernos nacional, provinciales y municipales. Será necesario redefinir la distribución territorial de las atribuciones, reconocer que los procesos de desarrollo dependen crecientemente de la efectiva vigencia de los principios de descentralización y autonomía local. No hay desarrollo local sin “espacio” local apropiado, sin ámbito territorial con potestades y capacidades institucionales y tributarias adecuadas a las funciones crecientes que las ciudades tienen que desarrollar. La ampliación y superación del modelo tradicional de gestión local (administrador, proveedor de servicios públicos, ejecutor de obra pública), reclama instrumentos legales, administrativos, financieros novedosos para su efectivización.

En este proceso, el Estado Nación no es un actor ausente. Esto en otras realidades nacionales es tan evidente que se lo suele dar por supuesto. No hay desarrollo sin Estado sano y fuerte. Y no hay desarrollo local sin una macroeconomía que lo aliente. El Estado Nación es responsable primordial del desarrollo local, pero exige que no sólo se ocupe de “costos” de la economía, sino también de los factores que hacen sustentable la competitividad en el mediano y largo plazo, como las políticas de impulso a la innovación tecnológica, la especialización productiva y comercial, la mejora en la diferenciación y calidad de la producción de bienes y servicios, la infraestructura institucional. También el Estado-Nación debe promover y estimular el funcionamiento de los sistemas productivos territoriales, permitiendo visualizar el funcionamiento de la economía argentina no sólo desde una perspectiva funcional, sino territorial.

El desarrollo endógeno reconoce la diversidad de realidades territoriales. El contexto no afecta a todos los lugares de la misma manera, por lo tanto también se requieren políticas compensatorias. Por supuesto, que como instancia ordenadora del conjunto social y compensador de asimetrías, el Estado Nacional deberá ocuparse con más énfasis de los desequilibrios sociales, sectoriales y territoriales. Hay una relación integral, no de opuestos, entre local y supra-local (provincial, nacional, global), entre público y privado, entre economía y sociedad, entre competencia y cooperación, entre economía formal e informal, etc. Nuestra trayectoria pendular como sociedad, no debe alentarnos a caer nuevamente en las *tentaciones* del pensamiento binario, sino en alentar permanentemente una visión integral de estos procesos.

Tercer enunciado:

El desarrollo adquiere características de proceso endógeno cuando es pensado, planificado, promovido e inducido por los actores comprometidos con el medio local. Una sociedad local con actores capaces de controlar el proceso de desarrollo. Así, lo “local” define un compromiso, un conjunto de capacidades y una dirección endógena del proceso de cambio, más que una escala geográfica circunscripta al plano urbano y microregional. *Es un concepto político antes que geográfico.*

La noción de lo político que expresa el desarrollo endógeno no es algo restringido a la esfera del poder institucionalizado. Sino un proceso de construcción de proyectos en el contexto de las contradicciones sociales. Lo político como articulación dinámica entre sujetos, prácticas sociales y proyectos, como capacidad social de re-actuación sobre circunstancias determinadas en el marco de opciones viables de la realidad. (Zemelman,1998)

Colocar lo político como núcleo del acontecer social implica no sólo explicar relaciones necesarias entre fenómenos, sino identificar direccionalidades objetivamente posibles de los procesos reales, recuperar la dimensión utópica de la realidad. Pero ello requiere de un proyecto político, de un proyecto de ciudad.

Pero para que eso acontezca, es necesario una reunión de varios factores. Por ejemplo la existencia de personas con condiciones de tomar iniciativas, asumir compromisos y emprender actividades productivas. Una decisión del gobierno local y de otros sectores la sociedad de apostar a un camino de cambios. El desarrollo no es sólo responsabilidad pública y requiere de liderazgos transformadores junto a la adecuada participación de la sociedad local Una idea de *emprendedorismo* amplio, de emprendedores públicos, privados, del tercer sector. “Agente” de desarrollo más que actor, como suele diferenciar Arocena. El actor está definido por el escenario donde se desenvuelve, el agente está ligado al sentido de la acción. Es un mediador, capaz de observar, analizar, comprender y traducir las lógicas y racionalidades de los otros agentes, incorporar propuestas de concertación y de ofrecer el diseño de las actuaciones necesarias.

Es decir, personas con capacidad de intervenir (con instrumentos más específicos, visión más amplia e interpretaciones no convencionales), sobre los principales aspectos gestionales, tanto en la empresa como en las instituciones públicas y sectoriales, y con capacidad de gobernar el sistema de instituciones característico de un modelo de desarrollo que adecue la economía territorial a las exigencias del contexto. Implica comportamientos que permitan una elevada influencia sobre la dirección, sobre la modalidad y sobre la naturaleza del desarrollo del territorio, sean en su rol de dirigente político, emprendedor o de manager, de educador, de funcionario de la administración pública, de profesional con actuación regional, etc.

Por ello, el desarrollo local no es una sumatoria de esfuerzos aislados. La idea de sinergia implica encuentro, cooperación, proximidad, redes. Se requieren acuerdos, y espacios de articulación. Liderazgos participativos. Mayores expresiones de democracia y ciudadanía.

La mirada más integral obliga a los responsables locales a ser innovadores, creativos y arriesgados. Y se requiere mucha información, mucho conocimiento A buscar y a crear las oportunidades. A asumir riesgos y responsabilidades, como una forma de *gobierno distinta del desarrollo*. El capital social, la densidad institucional, el aprendizaje colectivo requieren de un *proyecto orientador, motivador, integrador, estratégico*. Esto también presupone, naturalmente, una redefinición, casi una refundación de lo local: implica comenzar a ver al estado local en su nivel de estatalidad, (no sólo como administración), sino como ámbito de relaciones de poder específicas.

Tal vez el mayor desafío pendiente de lo local, sea el de acumular territorialmente los recursos colectivos específicos necesarios para el desarrollo de su sistema productivo y su entorno institucional. También lo local aporta una posibilidad, aún débilmente explotada, de construcción de ciudadanía activa e innovación institucional. Para ello, las estrategias locales necesitan apoyarse en las dinámicas económicas y sociales concretas de cada territorio, en sus actores y en las relaciones de poder vigentes.

El desarrollo será resultado de un continuo conjunto de interacciones, negociaciones, coaliciones y contratos entre individuos y organizaciones que compiten para lograr sus objetivos, de tomas de posición y de intereses no necesariamente armónicos, aunque sí factibles de ser integrados en un proyecto político local. Ahí es donde adquiere sentido el desarrollo entendido como un proceso que se da en la sociedad civil, pero que puede ser fomentado por la política de desarrollo local. Por lo tanto, el gran desafío para los gobiernos locales está dado en cómo encontrar la manera de expresar, regular y resolver los conflictos, para permitir un desarrollo humano, eficiente, pero también equitativo y sustentable. La acción política pone en movimiento el potencial del territorio.

El valor de la política de desarrollo local

En las actuales circunstancias por las que atraviesan nuestras ciudades del Mercosur, con dificultades económicas y enormes déficit sociales e institucionales, promover el desarrollo implica preparar las condiciones para que este fenómeno acontezca a escala local, invirtiendo en varios niveles de “capital” (empresarial, humano, social, ambiental, ...) simultáneamente. Se trata de desencadenar un proceso, más que de aplicar un plan. *Más que una metodología, es una estrategia.*

Las numerosas experiencias de políticas de desarrollo surgidas localmente en los países del Mercosur, son muestra elocuente de los grandes esfuerzos que líderes y comunidades realizan para afrontar la diversidad de desafíos y problemas actuales, aún sin contar con las condiciones legales e institucionales apropiadas para tal fin, pero dando claras muestras que es a nivel local donde se dan los más originales procesos de innovación política, económica y social.

Pero esas mismas experiencias evidencian su debilidad intrínseca: se puede fracasar si no se encuentran las bases colectivas sobre las que apoyarse y desarrollarse. Las “proximidades” no sólo geográfica, sino también política, institucional y organizacional, son las que dan lugar a las dinámicas específicas determinantes en la capacidad de las regiones y localidades para dirigir su propio desarrollo. Si no existe una perspectiva política que entienda la esencia relacional del poder, los innumerables esfuerzos que se hacen en nombre del desarrollo local serán en vano, y las visiones que orientarán esos esfuerzos ocultarán, en el fondo, una negación o una falta de comprensión de la complejidad política del desarrollo.

La política de desarrollo local permite colocar el énfasis en la democratización en la toma de decisiones, en una lucha cultural por la emergencia de otras creaciones económicas,

de otras visiones de lo que es posible construir y representa una renovación del contrato social en un sentido fundamental: como potenciador de agentes del desarrollo comprometidos por el aumento del capital relacional. Sobre esta base es posible gobernar el desarrollo local, con políticas activas territoriales, con marcos institucionales apropiados, con eslabonamientos productivos recreados y fortalecidos y nuevas formas de organización local.

El desarrollo local es, desde el punto de vista económico-productivo, una lógica territorial diferenciada, desde el punto de vista socio-cultural, una lógica relacional construida y desde el punto de vista político-institucional, una lógica de gobernabilidad pautada.

La visión de lo local como sistema complejo, sustentado en equilibrios de fuerzas inestables, que amplía la mirada a los aspectos dinámicos relacionados con la maduración de las fuerzas productivas, la organización de la sociedad local, la vida como proyecto y la confianza en las capacidades de interacción de los actores personales e institucionales como responsables en la construcción de su propio modelo de desarrollo, son los pilares de una visión política del desarrollo. *El cambio cultural, es el sentido del desarrollo y la política local la que impulsa ese aprendizaje.*

Bibliografía

- Alburquerque, Francisco: Cambio Tecnológico, Globalización y Desarrollo Económico Local, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto de Economía y Geografía, Madrid, 1998.
- Arocena, José: El Desarrollo Local, un desafío contemporáneo, Centro Latinoamericano de Economía Humana, Universidad Católica del Uruguay, Editorial Nueva Sociedad, Venezuela, 1995.
- Boisier, Sergio: Desarrollo Local ¿De qué estamos hablando?, Santiago de Chile, Cuadernos Regionales N°1, Universidad de Talca, 2000.
- Boscherini, Fabio y Poma, Lucio (comp.): Territorio, conocimiento y competitividad de las empresas. El rol de las instituciones en el espacio global, Miño y Dávila editores, Madrid, 2000.
- De Franco, Augusto, Por qué precisamos de desenvolvimiento local integrado e sustentable, Brasil, 2000.
- Madoery, Oscar: El Proyecto Local como alternativa de Desarrollo, en Revista Política y Gestión, Vol. 2, Buenos Aires, 2001.
- Kliksberg, Bernardo y Tomassini, Luciano: “Capital social y cultura: claves estratégicas para el desarrollo”, Banco Interamericano de Desarrollo, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2000.
- Pirez, Pedro: “Actores sociales y gestión de la ciudad”, en Ciudades, Red Nacional de Investigación Urbana, Año 7, N° 28, octubre-diciembre, México, 1995.
- Vázquez Barquero, Antonio: Desarrollo Endógeno y Globalización, en Vázquez Barquero, A. y Madoery, O; Transformaciones Globales, Instituciones y Política de Desarrollo Local, Ed. Homo Sapiens, Rosario, 2001.
- Zemelman, Hugo: 1998. De la historia a la política. La experiencia de América Latina, Siglo XXI editores, Universidad de las Naciones Unidas, segunda edición, México.